

## NOTAS PARA UN MONACATO SIMPLE<sup>2</sup>

Bajo la inspiración del Papa Juan, el Concilio ha lanzado a la Iglesia por el camino difícil pero necesario del “aggiornamento”, de un retorno a las fuentes auténticas de la vida de la Iglesia, y de una adaptación a la época moderna. En la Iglesia, el monacato y que quiere responder al mismo llamado del Espíritu, debe hacer frente a una profunda crisis que conmueve al mundo monástico del mismo modo que conmueve al “mundo” que lo rodea. Las soluciones, pues, deben tratar de salvar el acuerdo con nuestro tiempo y con el espíritu de la tradición.

No hace mucho, David Knowles, en su *Historia de la vida monástica en Inglaterra*, ha delineado una síntesis histórica del siglo XI monástico, que resulta de sorprendente actualidad. En todos los rincones de la cristiandad occidental aparecen por entonces casi simultáneamente y de un modo independiente y más aún, anárquico, numerosas fundaciones, de las cuales Cîteaux es una de las últimas. Pues bien, desde un punto de vista estrictamente monástico, existe una singular correspondencia entre esta época y la nuestra. Entonces, como ahora, tanto el mundo monástico como la cultura occidental atravesaban una profunda crisis. Se buscó la solución volviendo a los orígenes, especialmente a la Regla de San Benito, recurriendo a las tradiciones del monacato oriental, volviendo intencionalmente a una gran simplicidad en las observancias y en la liturgia, y respondiendo, en fin, muy particularmente al llamado a la soledad. La semejanza con las fundaciones modernas se extiende hasta el hecho de su coexistencia con las formas más conservadoras de la vida monástica, que por entonces no estaban más en decadencia que en nuestros días, y que si a veces ayudaban con entusiasmo a estos audaces monjes jóvenes (hay que recordar que en aquel entonces no existía una legislación canónica muy estricta en la materia) otras veces no los comprendían.

Las fundaciones de hoy desean una vida monástica simple, evangélica, hecha de oración y de trabajo. Su motivación fundamental es responder al llamado de Dios para “buscarlo” en el silencio, la pobreza, la pureza de corazón y la caridad. Quieren permanecer fieles al espíritu auténtico de los orígenes monásticos y evitar la esclerosis y las añadiduras que inevitablemente invaden las instituciones con el correr del tiempo. En el mundo moderno, estos monjes instauran una Presencia. Tienen fe en su misión: la vida de oración, misión que el Concilio, una vez más, ha confirmado oficialmente. Su vida está fundada sobre la caridad, en una comunión de lo más profundo de su ser con sus hermanos, los hombres, que tienen hambre material y espiritual de pan y de verdad, de amor y de justicia.

### Fuente primera: El Evangelio

La búsqueda de autenticidad conducirá a todo cristiano al Evangelio.

El monacato nace de la Palabra del Señor, de la imitación de su vida, de la unión con el misterio de su muerte y de su resurrección, y de la espera de su advenimiento. Antes que nada, los monjes deben *vivir* el Evangelio. Es lo que el mundo espera de ellos, lo que da sentido a su presencia, separada, entre los hombres sus hermanos.

El Evangelio ha revelado los consejos de perfección: “Si quieres ser perfecto, ve, vende lo que tienes, luego ven y sígueme”: una pobreza real; “todos no entienden esta palabra sino aquellos a quienes les ha sido dado...” el don de la continencia “a causa del Reino de los cielos”: una perfecta castidad por amor de Dios; “si alguien quiere seguirme que renuncie a sí mismo, que

---

<sup>2</sup> Traducido por Pablo Saenz, osb, monje de “Cristo Rey” de Siambón.

cargue con su cruz de cada día y que me siga”: una vida de obediencia libremente elegida por un espíritu adulto.

Ante todo, el Evangelio ha proclamado en las Bienaventuranzas, la carta espiritual de la vida religiosa:

“Felices los que tienen alma de pobres”, esto es, “los pobres del Señor” de los salmos y de los profetas, aquellos en quienes el voto de pobreza realiza cada día más profundamente un total desprendimiento, en una verdadera pobreza material y en una gran libertad interior frente a ellos mismos y frente a los bienes exteriores.

“Felices los mansos”, los que viviendo en la caridad, tienen aquella, mansedumbre que los hace semejantes al Cordero de Dios.

“Felices los que lloran”, los que han elegido el camino estrecho, la soledad del corazón, la ausencia de los consuelos de este mundo. “Porque ellos serán consolados” y recibirán la fuerza divina de las Fuentes del Salvador.

“Felices los que tienen hambre y sed de justicia”, de aquella perfección que es el reflejo de la santidad de Dios; que aspiran a realizar en ellos la semejanza de Aquel que los creó a su imagen. “Porque ellos serán saciados” del Pan de vida y de la Copa que da la “sobria ebrietas”.

“Felices los corazones puros porque ellos verán a Dios”; esta transparencia perfecta de una pureza sin mancha, donde se encuentran la virginidad y la “pureza de corazón”, participando del mismo punto de vista de Dios sobre todas las cosas.

“Felices los pacíficos”, los que trabajan por la paz, aquellos que sin ser del mundo conservan en ellos la paz de Cristo que sobrepasa todo bien, porque por su amor han renunciado a sí mismos, al mundo y a sus bienes.

En verdad, el Evangelio es la Regla primera del monje<sup>3</sup>.

## **La Tradición Monástica**

La Regla de san Benito sigue siendo, en nuestro occidente la principal fuente monástica. En su texto, al cual se vuelve como naturalmente, es necesario saber distinguir la doctrina espiritual, cuyo valor es permanente y universal, de la organización de una institución sometida a las condiciones diversas de lugares y tiempos. No deben perderse tampoco de vista las indicaciones dadas por el mismo san Benito sobre el carácter incoactivo de su Regla como guía hacia la perfección de la búsqueda de Dios, y sobre el margen de libertad que establece para la organización práctica de las observancias o de la oración en común.

Las tradiciones monásticas (en plural) son innumerables, de todas las épocas y de todo valor. La tradición monástica, que D. Jean Leclercq ha definido como “el pasado viviendo en presente”<sup>4</sup>, no agota su expresión en un solo texto, aunque éste sea un texto sagrado para el monje: no se ha paralizado en el siglo VI<sup>o</sup> o en el XI<sup>o</sup>, y tampoco debe serlo hoy. Es una vida que ha nacido del Evangelio y que ha hallado su primera expresión en el Oriente cristiana de los Padres del desierto, cuya doctrina sigue siendo esencial. En Oriente la tradición se ha conservado fiel al espíritu de los orígenes. En Occidente, gracias sobre todo a la regla benedictina, ha conseguido adaptar a la mentalidad latina los resultados de la experiencia anterior de las dos mitades de la cristiandad. Con el correr de los siglos, reformas y fundaciones monásticas muy diversas han

<sup>3</sup> Esta verdad ha sido claramente expuesta en toda la Regla de los Hermanos de la Virgen de los Pobres, *Au coeur même de l'Église* (1966). Ver p. 24.

<sup>4</sup> Conferencia dada en la Primera Reunión de Bouaké en 1964 (*Rythmes du Monde*, 13, 1965, pp. 6 y ss.).

aportado su fermento de renovación y de adaptación. El monje de hoy debe saber distinguir los elementos actualmente válidos de los que están ligados a una época preterida. En nuestros días, la renovación monástica tiene mucho que aprender de los movimientos que, en la Iglesia y en el mundo, contribuyen a hacer de nuestra época una nueva era llena del entusiasmo de una juventud que vuelve a encontrarse a sí misma en sus fuentes profundas. Para no citar más que un caso, recordemos la innegable influencia que ejerce sobre el movimiento de auténtico retorno al espíritu del Evangelio la vida de un Charles de Foucauld.

Es quizá posible distinguir en esta gran línea de la tradición monástica fuente de vida, algunos elementos esenciales. El monacato, como lo ha expresado D. Jean Leclercq en estos mismos “Cuadernos”<sup>5</sup>, no tiene un fin distinto al fin que es común a todos los cristianos; no constituye una clase más perfecta de cristianos; solamente ha adoptado un conjunto de medios capaces de favorecer la búsqueda de la perfección que se impone a todos, y ha llegado a concretar ciertas exigencias de la imitación de Cristo propuesta a cada uno por el Evangelio. Estos medios, que son esenciales al monacato y que hoy se trata de redescubrir en su pureza original, pueden ser enunciados de la siguiente manera<sup>6</sup>:

- a) *Separación del mundo*, expresión que debe ser precisada.
- b) *Vida ordenada a la búsqueda de Dios*; es la *oración continua* (1 Ts 5,17) en el *silencio*.
- c) *Renuncia total de sí*, tanto interior como exterior, incluyendo *castidad*, *obediencia* y *pobreza voluntaria*, en una vida muy simple y ganada con el propio trabajo.

Los monjes tienen en la Iglesia una función “apostólica”, en el sentido pleno que daba la tradición a esta expresión: una total entrega de sí mismo al seguimiento del Señor y como los Apóstoles y la primera comunidad apostólica de Jerusalén. Los monjes “quieren vivir lo que los misioneros anuncian”<sup>7</sup> y tienen conciencia del papel que tiene el monacato en el advenimiento del Reinado de Cristo acá abajo. Al mismo tiempo, los monjes tienen en la Iglesia un rol “profético” contra todas las formas de mediocridad, y son testimonio, por su existencia misma, de la espera de la última venida del Señor.

### **Un Monacato simple en el mundo actual y en la Iglesia del Concilio**

“Un monasterio simple -escribe D. García Colombás- no tiene otro objeto que el de orear un cuadro en el que la vida monástica pueda ser vivida en toda su pureza”; es “un monacato *sine addito*: sin escuelas ni parroquias, sin apostolado previsto y organizado, sin misiones...”<sup>8</sup>. “Para san Benito”, como para los primeros monjes, “un monasterio no tenía más razón de ser que el servicio de Dios y el bien espiritual de sus miembros”<sup>9</sup>. Con el correr del tiempo la vida monástica occidental ha ido incorporando otros elementos, fines secundarios del apostolado directo, lo que ha hecho que algunas formas monásticas se asemejen a las de otros Institutos religiosos. A pesar de todo, el monacato simple no ha perdido su valor en la Iglesia. Para convencerse basta releer algunos textos del Concilio Vaticano II° y las más recientes declaraciones del Papa Pablo VI. “La Iglesia, dice el Decreto *Perfectae Caritatis*, debe conservar con fidelidad la vida monástica, y permitir a su espíritu auténtico brillar cada día más... El principal deber de los monjes es ofrecer a la Divina Majestad un servicio humilde y

---

<sup>5</sup> N° 2, p. 4.

<sup>6</sup> Ver *ibid.*, pp. 4-12, y Dom GARCÍA COLOMBÁS: “Pour un monastère simple et actuel” en “Vie Spirituelle”, N° 523, Enero 1966, pp. 69-83.

<sup>7</sup> Citado en “Au coeur même de l’Église”, p. 10.

<sup>8</sup> Dom GARCÍA COLOMBÁS, *op. cit.*, p. 69.

<sup>9</sup> David KNOWLES, *The Monastic Order in England 943-1216*, p. 20.

noble a la vez, dentro de los muros del monasterio” (nº 9). El Concilio enseña que junto a los que ejercitan un apostolado exterior, están “los que se consagran íntegramente al culto divino en la vida contemplativa (*in umbratili vita*)”, y quiere que su renovación se haga, no abandonando la soledad para ir al mundo sino que “deben mantener el carácter de su propio instituto al renovar las antiguas tradiciones” (*ib.*). Y Pablo VI, hablando a los Abades benedictinos con ocasión del Capítulo General de septiembre de 1966, ponía en evidencia la tradición monástica en su autenticidad original, tan necesaria al mundo de hoy; “Sois monjes, es decir, hombres singulares que, separándoos en cierto modo de la vida profana abrazasteis la soledad no sólo exterior sino también interior para meditar las realidades divinas. Sois los hombres del silencio y de la creación... Buscáis a Dios”; y agregaba: “Discípulos de Cristo que viven en el silencio tratando de escuchar sus palabras... Para el mundo de hoy vuestra vida constituye un llamado... Con la condición de que vuestra vida monástica sea perfecta en todos sus aspectos”<sup>10</sup>.

### **Separación del mundo**

El monje vive en un lugar apartado, lejos de las multitudes y de la agitación del mundo. Es esto lo que lo caracteriza frente a otras formas de vida religiosa. Es el desarrollo del precepto que rige para todos los cristianos de “guardarse puros de este mundo” (Sant. 1,27); “nolite conformari huic saeculo” (Rom. 12,2). Pero los monjes han hecho de él un medio especial de perfección practicando materialmente una real separación exterior, para guardar la interior en su corazón de un modo más perfecto. Si la Regla impone esta separación total (en el cap. 66), es sólo como un medio particular para llegar a “hacerse extraño al mundo y a su modo de obrar” (cap. 4).

¿De qué “mundo” vive el monje separado? El término “mundo” es ambiguo. En el Evangelio de san Juan, la misma palabra designa el mundo del cual Satanás es el príncipe, y el “mundo” al que tanto amó el Padre, “que envió a él a su Hijo”. Es perfectamente evidente que si el monje, en su soledad, no acepta la actividad de una parroquia o de la enseñanza, no es ciertamente por haber olvidado el “¡enseñad a todas las naciones!”, sino porque tiene fe en el llamado del Señor a una vida “perdida” (*Mc* 8, 35), alejada de estas actividades y consagrada al *otium sanctum*. La búsqueda exclusiva del Señor, en cuyo amor todo se vuelve a encontrar, no podría ser emprendida con detrimento del reinado de su caridad. Y Dios sabe que el abstenerse habitualmente de grandes obras, que concurren también a engrandecer al hombre que se entrega a ellas, puede volverse, a lo largo de una vida, la fuente de una muy dolorosa unión con el Señor, en una vida de pura fe, que aunque no tenga el consuelo de resultados visibles, no es ciertamente estéril en la Iglesia. El valor “apostólico” de la vida contemplativa, al que hoy se le da tanta importancia, no es el fin primario de la nota de santidad de la Iglesia, sino sólo una consecuencia de la misma en virtud de la *Communio sanctorum*; pero no por eso deja de ser muy real. El Concilio y el Papa Pablo nos lo han vuelto a asegurar. “Las comunidades que se ordenan íntegramente a la contemplación, de modo que sus miembros vacan sólo a Dios en la soledad y silencio, en asidua oración y ferviente penitencia, mantienen siempre un puesto eminente en el Cuerpo místico de Cristo, en el que no todos los miembros desempeñan la misma función (*Rm* 12, 4), por mucho que urja la necesidad del apostolado activo. Y es así que ellos ofrecen a Dios un eximio sacrificio de alabanzas, ilustran al pueblo de Dios con ubérrimos frutos de santidad, lo mueven con su ejemplo y lo dilatan con misteriosa fecundidad apostólica”<sup>11</sup>.

Las palabras de Evagrio, escritas en el siglo IV son siempre verdaderas: “Es monje, aquel que vive separado de todo y unido a todos”<sup>12</sup>. San Agustín, algunas décadas más tarde, interpretaba la palabra monje jugando con los dos aspectos de su etimología: con los otros miembros de su comunidad el monje no tiene más que “un corazón y un alma”<sup>13</sup>. Hay que ensanchar el contexto

<sup>10</sup> Ver el comentario de este discurso en el nº 2 de estos “Cuadernos Monásticos”.

<sup>11</sup> Decreto *Perfectae Caritatis*, nº 7.

<sup>12</sup> *De oratione*, 123.

<sup>13</sup> Citado por D. Claude PEIFER en *Monastic Spirituality* (1966) p. 63.

y darle una amplitud sin límites: el espíritu misionero, la compasión humana con todos los que sufren espiritual y físicamente, la pasión por la unidad de la Iglesia dividida, son para el monje parte esencial de su unión con todos sus hermanos los hombres, en su soledad con solo Dios. Una caridad evangélica devorante hacia todos nuestros hermanos de todo el mundo debe ser la compañía y el fruto de nuestra separación, incluso de la más estricta. El monje es un “hermano universal”, según la expresión de uno de ellos, Charles de Foucauld, que tanto ha hecho por la Iglesia con su vida despojada hasta de todo resultado visible.

El monje no tiene que extrañarse de que esta separación del mundo sea algo incomprensible para muchos. El ha recibido la gracia de percibir su importancia, y sabe que es una respuesta a un llamado positivo del Espíritu. Por eso acepta como uno de los sacrificios más dolorosos de esta separación, la extrañeza, hasta el escándalo que provoca su falta de actividad exterior, tanto entre cristianos como entre no-cristianos, entre laicos, sacerdotes o religiosos. Pero “nosotros tenemos conciencia de estar delegados por la Iglesia y por ellos para buscar a Dios en la oración continua, en una apertura cada vez más verdadera a la gracia, en unión de caridad con Cristo. Y si el ministerio de la jerarquía es indispensable para la vida de la Iglesia, este servicio no lo es menos”<sup>14</sup>. Pablo VI decía recientemente: “En una época como la nuestra, es grande la tentación de considerar ineficaz e inadaptado el género de vida de los monjes, centrado ante todo en la alabanza divina, cuando, por el contrario, constituye, según la constante tradición de la Iglesia, una de las formas más altas de la actividad humana, válida para todos los tiempos y para todos los países”<sup>15</sup>.

“El monje es un cristiano que ha dejado todo para tener la libertad de poder oír mejor la palabra de Dios, que sacrifica todo para intentar llevar hasta el fin la gracia de su bautismo”. Para emplear una expresión reciente del P. Congar, “es de ese modo que él engendra la, Iglesia, él también, en su puesto, como todos los fieles, como vosotros, sacerdotes”<sup>16</sup>.

## Soledad

Un modo de realizar la separación del mundo, que hoy como en el siglo XI se da en el monacato occidental, es su forma extrema, la del eremitismo, perfecta soledad para vivir con Dios solo. Son vocaciones ciertamente excepcionales<sup>17</sup>; pero lo suficientemente extendidas como para poder ser normalmente previstas como dependientes de un monasterio simple, o del abad de un monasterio importante<sup>18</sup>, o de un obispo<sup>19</sup>. La garantía de un sano equilibrio puede ser también la atención espiritual de algunos vecinos a los cuales el ermitaño asegura la misa dominical, si es sacerdote.

¡Qué atrayente (y ¿por qué no realizable algún día?) es la sugerencia de Tomas Merton!: “¿No podría existir un Athos en la Iglesia de Occidente? Una agrupación monástica que comprendiera cenobitas y solitarios de todos los grados, ermitaños temporarios y definitivos, observancias variadas, con libre paso de un grupo a otro, dando así ocasión a intercambios, a ejemplos, a un mutuo enriquecimiento”<sup>20</sup>.

En algunos monasterios se permite hoy al monje que lo desee, como se hacía ya en la congregación de San Mauro, pasar un día por mes en completa soledad, para retemplar su vocación monástica. Quizás todavía mejor fuera una semana cada tres o cuatro meses, pues la

---

<sup>14</sup> Dom Denis MARTIN, «Etre moine tout court» en *Images de Toumliline*, 1964, p. 6. Todo el artículo rezuma la tristeza de esta incompreensión.

<sup>15</sup> Carta con ocasión del Milenario de Mont St. Michael, 1966.

<sup>16</sup> Denis MARTIN, *op. cit.*, p. 6.

<sup>17</sup> La hermosa carta firmada “S” (P. SAINSAU-LIEU) que apareció en la *Vie Spirituelle* n° 377, oct. 1952, es clásica en la materia.

<sup>18</sup> Ver D. Pierre DOYERE, en *Supplément de la Vie Spirituelle*, 1961, pp. 394 y ss.

<sup>19</sup> Ver Dom Jacques WINANDY, en *Supp. Vie Spirituelle*, 1959, pp. 343 y ss.

<sup>20</sup> *Jubilee* (New York), agosto 1959, p. 16.

experiencia muestra que es necesario a menudo, más de un día para que la “distracción” (*distrahere*) se decante a fondo. “Pareciera que en el seno mismo de la institución cenobítica - escribía el P. Monchanin- ha permanecido siempre cierta nostalgia del desierto de los orígenes”<sup>21</sup>; y Charles do Foucauld: “Hay que pasar por al desierto para recibir la gracia de Dios. Es allí que uno se vacía, que uno arroja de sí todo lo que no es Dios... Es un tiempo de gracia”<sup>22</sup>.

## El deber de hospitalidad

La hospitalidad ha sido considerada siempre un deber en la tradición monástica. San Benito la resume en esta sentencia de la *Regla*: “A todos los huéspedes que llegan al monasterio recíbaseles como al mismo Cristo” (capítulo 53). En nuestros días, el ejercicio de la hospitalidad puede ser una función importante de los monjes en la Iglesia, pues hoy más que nunca, cristianos y no-cristianos tienen necesidad de ir a retemplarse en un asilo de paz y de oración auténtica. La hospedería del monasterio puede dar lugar a esta, clase de retiro, el cual no es cuestión de pláticas sino de un silencio lleno de Dios, donde frente a sí mismo, uno se disponga a escuchar y con toda docilidad, la gracia de la conversión. Este apostolado de la hospitalidad no es incompatible con la separación del mundo si se observan los principios indicados en el capítulo 53 de la *Regla* de san Benito.

La Comunidad recibe al huésped por medio de sus representantes, con todo honor y simplicidad, con la preocupación de su edificación espiritual, y en esta paz exterior o interior que es esencial a su equilibrio humano. Notemos que hoy más que en otros tiempos, se puede ser exigente sobre el carácter espiritual de la recepción de los huéspedes, ya que existen numerosos hoteles que pueden acoger más confortablemente a los turistas y a aquellos que sólo buscan en el monasterio un descanso poco costoso en un sitio tranquilo. Huéspedes y monjes tienen necesidad de silencio y de la oración habitual, que es lo que hace del monasterio lo que debe ser. Por esta razón debe eliminarse el ruido (¡los huéspedes que llevan su radio consigo!) y las conversaciones no motivadas. Por esta razón se desaconseja la introducción de huéspedes en la vida de la comunidad (trabajo, recreos), salvo casos excepcionales. Es verdad que muchos huéspedes estarían encantados de que se les permitiera entrar en la vida de la comunidad por el placer de lo pintoresco; pero en el trabajo común, o bien será el huésped quien no podrá guardar silencio y hasta se sentirá molesto de que no se entable conversación con él, -o será el monje quien creerá que debe hablar o aprovechará la ocasión para charlar...

¿Qué es lo que el huésped espera del monje? Ni que sepa todas las novedades ni que se las pregunte, ni que haya leído la novela más reciente; lo que espera es sabiduría, *sapientia*, gusto de las cosas de Dios, lo que precisamente la separación del mundo desarrolla:

- . La paz y el recogimiento que se comunican por sí mismos.
- . El primer lugar en la escala de valores dado a la oración y a la Palabra de Dios, tanto teórica como prácticamente. El huésped no se sentirá jamás edificado de que el monje falte a un Oficio para hacerle compañía.
- . El silencio (que no es rudeza descortés), en la caridad. El modo de advertir, de acuerdo a la *Regla*, que no es el momento de romper el silencio, hará más bien que una larga conversación, como lo prueba la experiencia.
- . Una vida que se desenvuelve en el plano sobrenatural, lo que se manifiesta aun sin quererlo, sin afectación, como algo que viene de una segunda naturaleza.

## Vida de oración

<sup>21</sup> *Ermîtes du Saccidananda*, p. 117.

<sup>22</sup> Carta del 31 de mayo de 1897 al P. Jérôme de Staoueli, citada por J. Fr. SIX, *Itinéraire spirituel de Ch. de Foucauld*, p. 224, nota 148.

La vida monástica es una respuesta al llamado de Dios a “orar sin cesar” (1 Ts 5, 17). Esto es un estado habitual de recogimiento delante de Dios, ante cuya presencia el monje quiere vivir sin cesar, en un deseo continuo de responder a su amor. “Uno ora sin cesar, dice santo Tomás, o bien a causa de la continuidad de su deseo (de la caridad), o bien por un estado de oración en el cual, después del acto de la oración permanece más unido a Dios”<sup>23</sup>. El monje trata de realizar la definición que daba de él san Bernardo: “Anima sitiens Deum”, un alma que tiene sed de Dios. Es esto lo que cimenta la unidad del día y de la vida del monje, y es su felicidad profunda.

La *lectio*, tiempo consagrado al contacto personal con Dios en la oración, la meditación, la lectura de las Escrituras y de otras obras espirituales; es la principal ocupación del monje, quien le consagra las horas más favorables de su día. Mas que oración y lectura, es una compenetración de las dos, centrada sobre la Palabra de Dios inspirada. La *lectio* está en estrecha relación con los otros elementos de la vida del monje. Prepara el Oficio divino y saca de él su substancia; acompaña el trabajo, alimentando su silencio. Parece que un minimum de tres o cuatro horas (efectivas) por día son necesarias para una *lectio* que pueda informar toda la vida. Este tiempo debe ser repartido entre los momentos más propicios para un verdadero recogimiento y en el cual el espíritu se halle libre a la vez de las preocupaciones del día y del peso de la fatiga. La Regla de san Benito es maravillosamente equilibrada en este punto: el monje tiene su *lectio* antes y después del trabajo, es decir, al comenzar la mañana y al caer la tarde; en verano, la *lectio* se hacía a mediodía, cuando los gruesos muros guardaban la frescura en el interior; en las horas en las que el calor hacía difícil el trabajo afuera.

El *silencio* es una condición esencial de la vida del monje. No es una penitencia; ni es una carga impuesta por la buena organización de una sociedad. Cuando hay que decir algo a causa del trabajo o por otra razón de utilidad, se lo dice sencillamente. Pero el silencio interior es necesario si se quiere escuchar a Dios en la paz de su presencia; y esto requiere el silencio exterior de cosas y de palabras, como un medio amado, un recogimiento deseado, compartido con los hermanos en la alegría y la caridad. Este silencio: “un estado de presencia de Dios, donde las pasiones están en reposo y en una completa libertad frente a todo lo que podría apartarnos de Dios” (P. René Voillaume)<sup>24</sup>.

## La vida litúrgica

Tiene ésta estrecha relación con la *lectio* y con el silencio del monje: la Misa conventual, el Oficio divino de las Horas del día y de las Vigilias, el ciclo de la semana alrededor del “octavo día”, y el ciclo del año alrededor del misterio pascual, establecen las diferentes frecuencias del ritmo de la vida del monje que, desde su nacimiento como hijo de Dios en el bautismo, y desde su re-nacimiento en la conversión monástica, prepara y anuncia la venida del Señor, en la tensión escatológica de su deseo.

El *domingo*, retorno hebdomadario del Día del Señor, marca un tiempo fuerte en la alegría pascual de la Espera. Es importante que este día se distinga de un modo muy claro de los de trabajo: por la importancia de su Vigilia nocturna, por la solemnidad (muy simple) de su liturgia, y aún, ni fuera posible, por un silencio festivo más estricto desde las primeras a las segundas Vísperas. En este día, enteramente consagrado a “vacar a Dios”, los servicios de comunidad pueden ser reducidos al minimum gracias al servicio espontáneo de los hermanos.

La *misa conventual* es y debe permanecer el centro espiritual de la jornada del monje, aunque históricamente no haya sido todavía cotidiana en el tiempo de san Benito (¡y qué decir de ciertos Padres del desierto!). La Comunidad reunida en una participación activa alrededor de sus

---

<sup>23</sup> *Suma Theol.* II-II, q. 83, a. 14, ad 4.

<sup>24</sup> En *Jesus Caritas*, ed. inglesa n° 25, oct. 1965, p. 4.

sacerdotes concelebrantes, ofrece el sacrificio de Cristo, signo eficaz de su unidad. Si en los días de semana solamente se salmodian las partes cantables, el domingo, por el contrario la misa puede ser cantada para gloria del Señor resucitado.

## El Oficio divino

Cuando es posible, va de suyo que el Oficio se canto en la lengua materna. Candado, porque la salmodia está hecha normalmente, para ser cantada. Si se usan tonos simples, la objeción de la fatiga caerá después de un tiempo bastante corto de ensayo leal. El caso más difícil es el de las Vigilias en una comunidad poco numerosa. Dom Alexis Presse dice a este propósito: “El canto del Oficio tiene por fin la gloria de Dios; esta gloria se procura si todos; ejecutantes y oyentes, son edificados, si onda uno ha sido ayudado por el canto a orar, a amar a Dios. Esto es lo que produce un canto ejecutado con sencillez, sin artificialidad ni negligencia, pero con alma”<sup>25</sup>. Hay muchos modos de salmodiar, y su combinación o alternancia pueden ayudar mucho a aliviar el peso de una larga serie de salmos cantados alternativamente por dos coros, modo que prevaleció en Occidente, pero que no era el uso antiguo<sup>26</sup>. En ciertos países cuya cultura no está preparada para comprender la poesía hebrea, una selección en el salterio parece imponerse, por lo menos en los comienzos. Más fácilmente podrían omitirse en el Oficio los pasajes imprecatorios; lo mismo se podría hacer con las repeticiones<sup>27</sup>. Si los salmos son distribuidos según el *cursus* de la *Regla*, parece preferible; en las Vigilias, repartirlos en grupos más cortos de tres o cuatro salmos, en lugar de seis. Otros sugieren más radicalmente una repartición del salterio en el plazo de dos semanas.

Para las *Lecturas* de las Vigilias, si se puede elegir libremente, la Escritura proveerá la materia principal si no exclusiva; largas lecturas donde se tiene tiempo de tomar un verdadero contacto con el texto, y no cortadas en trozos. Ciertas fundaciones recientes prefieren llamar al Oficio de las Vigilias de un modo significativo, una “Vigilia bíblica”; algo muy próximo a la *lectio* con largos intervalos de silencio.

Parece importante devolver a la salmodia algo de lo que ésta era para los primeros monjes. Los salmos del Oficio eran, como lo ha mostrado recientemente D. Adalbart de Vogüé<sup>28</sup>, una *lectio* de este libro de las Escrituras que contiene solamente oraciones. La lectura o el canto de cada salmo preparaba y alimentaba un tiempo de oración hecha en silencio y en común de cerca de dos minutos, que concluía con una oración compuesta para este salmo<sup>29</sup>. Aunque no se pueda volver literalmente<sup>30</sup> a esta práctica, el espíritu y la finalidad de esto antiguo uso monástico pueden conservarse adoptando las pausas en la, salmodia, lo que se está extendiendo cada vez más: pausas breves antes del Gloria, que devuelven toda su intensidad a la doxología; pausas largas después de un grupo de salmos o después de las lecturas de las Vigilias.

---

<sup>25</sup> *À l'École de S. Benoît*, p. 24.

<sup>26</sup> En los salmos alfabéticos, lo mejor es quizás, alternar los versículos, porque el salmo está compuesto por una serie de sentencias más o menos independientes unas de otras; a veces, lo mejor sea alternar medios versículos (*Sal* 18b; 150), o estrofas (*Sal* 94; 113a; 120). Los salmos que tienen refrán pueden ser cantados por un cantor, al que el coro responde con el refrán (por ej. *Sal* 8; 41-42; 66; 79). Lo mismo se podría hacer con los que tienen forma litánica (*Sal* 135; 117 introducción; 134 conclusión). En los salmos de composición muy cuidada, como el 106, las partes que corresponden al cantor o al coro pueden ser indicadas en el margen del texto (*Sal* 23; 113b; 117, etc.) En un mismo salmo, ciertas partes pueden ser reservadas al cantor (*Sal* 14 y 102, principio y fin) o cantadas de un modo diferente al resto del salmo, si la forma lo exige. Las doxologías de los cuatro primeros Libros del Salterio pueden sustituir a los Gloria. No se divida un mismo salmo entre dos Horas o entre dos nocturnos, etc.

<sup>27</sup> *Sal* 53 - 13; 39b = 69.

<sup>28</sup> “Le Sens de l'Office divin d'après la Règle de S. Benoît”, 2a parte: “Psalmodie et oraison”, en *Revue d'Ascétique et Mystique* (= *RAM*), 1967, pp. 21-33.

<sup>29</sup> El *Gloria* se usó o no, según los lugares y las épocas antes o después de la colecta.

<sup>30</sup> La experiencia de este modo de salmodiar realizada recientemente en una pequeña fundación ha puesto en evidencia cuánto sirve para desarrollar el sentido de la unidad contemplativa del día monástico. Pero esto requiere, por lo menos en nuestro tiempo y en un país no naturalmente inclinado a la contemplación, una madurez de vida de oración habitual que haría difícil la práctica a los que comienzan la vida monástica, y aún a los veteranos.

Más importante todavía, es darle a las Horas del Oficio su rol de jalones en la “oración continua”<sup>31</sup>, que es el alma de la vida del monje y lo que realiza su unidad: existe homogeneidad entre el *Opus Dei*, el *opus manuum*, la *lectio divina* bajo sus formas variadas de lectura y de oración privada, las comidas donde se continúan normalmente la lectura bíblica de las Vigilias, y las mismas distracciones, necesarias al equilibrio humano y que aseguran la paz y la libertad interiores.

Para que las Horas del Oficio llenen este rol en el día del monje, no hay que olvidar la diferente importancia de cada una de ellas:

- Las Vigilias son parte esencial de la vida del monje, el gran elemento contemplativo del *Opus Dei*. Primitivamente es el salterio del solitario que vela en el silencio de la noche; hoy es la comunidad de la familia monástica la que vela. Pero siempre es la espera escatológica del Señor que volverá, vencedor de las Tinieblas, como triunfo de la muerte antes de la aurora de Pascua. La ubicación correcta de las Vigilias, es pues, realmente en la noche. Si no pueden tener lugar en el medio de ella (la salud del hombre de hoy no soporta ya una interrupción del sueño), o algo más temprano pero todavía de noche, más valdría colocarlas al comienzo de la noche que en la aurora, para conservar el verdadero sentido de los *Laudes*. La cuestión podría también plantearse bajo otro punto de vista: este oficio, sobre todo si incluye pausas de oración silenciosa, ¿no podría ser, durante la semana, confiado a la recitación privada de cada uno, por lo menos para aquellos que tienen una inclinación más pronunciada por la soledad contemplativa?

- *Laudes* y *Visperas* son las dos grandes Horas en las que la comunidad como tal alaba al Señor antes y después de la jornada. Son las dos horas originales del oficio eclesiástico, las dos “Horas del incienso”<sup>32</sup> que se deben rezar siempre alrededor del altar, lo que no es esencial a las otras Horas. Un uso primitivo, vuelto a poner en práctica en muchos monasterios, y que Roma acaba de alentar<sup>33</sup>, es el empleo de verdaderas lecturas escriturísticas en lugar de pasajes demasiado cortos, y de la Letanía (oración de los fieles) especificando las intenciones generales y particulares, como en la Misa.

Si la Misa conventual sigue inmediatamente a una de estas Horas, parece deseable la posibilidad de poder fundir la Hora con la antemisa, la liturgia de la Palabra<sup>34</sup>.

- Las *Horas Menores* santifican la jornada de trabajo traduciendo en acto a lo largo del día la “oración continua”. No es necesario que la Comunidad se reúna; los que trabajan algo alejados las cantan donde se hallan, como lo prevé la *Regla*. Su reducción a una (a mediodía) o a dos (mañana y tarde) sería, una adaptación deseable tanto por las necesidades del trabajo como por el sentido de las Horas<sup>35</sup>.

## **Pobreza y simplicidad de vida**

Junte con la separación del mundo, uno de los elementos del retorno a las fuentes monásticas y cristianas es os una gran simplicidad de vida en una verdadera pobreza. Hoy en un mundo cada vez más consciente de la miseria en que vive más de la mitad de la humanidad, es ciertamente

---

<sup>31</sup> Adalbert DE VOGÜÉ: *Idem*, 1: “Prière continuelle et Prière des Heures”, *RAM* 1966, pp. 389-404.

<sup>32</sup> Incensar efectivamente el altar tiene un sentido; cfr. el rito de las religiones del Extremo Oriente adoptado en este caso por los monjes de la India.

<sup>33</sup> Instrucción de 4 de mayo de 1967 sobre la Sagrada Liturgia.

<sup>34</sup> Un proyecto fue propuesto en el Congreso de Abades O.S.B. en set. 1966.

<sup>35</sup> Si se suprime Completas y las Visperas son realmente la oración del Lucernario al fin del día.

bastante general la reacción contra el llamado triunfalismo de la Iglesia y contra otros cuadros exteriores de una época ya pasada.

¿Será realmente necesario para ser monje, para ser admitido a pronunciar el voto de pobreza, tener que aceptar el hecho de vivir en unas construcciones que cuestan millones, una vida de apariencias burguesa, y pasar vergüenza delante de los verdaderos pobres, a los que en el fondo uno querría salvar haciéndose más pobre que ellos, a los que uno ama con un amor de predilección, y de los cuales, cuando uno pasa judo a ellos y evita la mirada cargada de odio? San Jerónimo decía sencillamente del monje: “Desnudo, sobre la cruz desnuda de Cristo”. El Señor había dicho: “Ve, vende todos los bienes, da su precio a los pobres, ¡y luego sígueme!”.

Vida verdaderamente pobre. Individual y colectivamente pobre. Los monjes son los pobres del Señor; lo que no quiere decir que están desprendidos de todo solamente en su interior, pero que no les falta nada, ni aun lo superfluo, con tal que se lo pidan a su superior. Pobres del Señor porque tanto material como espiritualmente (*in Spiritu*) son verdaderos pobres, que conocen la molestia que trae la falta de confort, si no es la carencia de lo necesario (entonces sería el caso de agradecer al Señor esta gracia). Aquí también Ch. de Foucauld es para todos nosotros, en el mundo moderno, una luz enviada por Dios. En una Regla recientemente publicada, de los Hermanos de la Virgen de los Pobres, “Au coeur même de l’Eglise”, libro cuya irradiación desborda por mucho el círculo de las pequeñas fraternidades, uno de los capítulos más inspirados es el que comenta la primera Bienaventuranza<sup>36</sup>.

¡Felices los pobres! La pobreza del monje debe ser real, sin ostentación, atenta para dar a los más pobres; debe estar regida por la caridad, dominada por aquella espera del Día del Señor, que está en lo más hondo de la vocación monástica. La pobreza monástica está ligada a la separación del mundo, al Éxodo cristiano hacia la Tierra prometida en la desnudez del peregrinar a través del desierto<sup>37</sup>. La pobreza material no es más que un aspecto de un desprendimiento de sí mismo mucho más positivo de lo que la expresión lo sugiere- ¿Uno se desprende de los bienes? del egoísmo, de la reputación, únicamente para pertenecer totalmente al Señor y para ser poseído por su Espíritu. “Espiritualidad de desprendimiento de ruptura, de renuncia; aspereza también y monotonía de semanas, de meses, de años idénticos. El implacable llamado de Dios no ha dejado más que el gusto por lo esencial, y lo esencial se escapa... Todo se experimenta con intensidad: tentaciones y disgustos, temores y sensación de vacío, de ausencia. No hay más que éxodo y no éxtasis, y el Solo es percibido más por la soledad de su ausencia que por una soledad junto a Él... A pesar de todo, el éxodo no tiene sentido sino por la Tierra Prometida, y esta ausencia es el reverso y el anuncio de su Presencia”<sup>38</sup>. Este hermoso texto del P. Monchanin sitúa la pobreza monástica en su verdadero contexto que sobrepasa por mucho el punto de vista material.

Este punto de vista es necesariamente relativo; siempre habrá que hacer una discriminación basándose sobre el punto de vista sobrenatural, pues ni la simplicidad ni la pobreza consisten en el afán de la búsqueda romántica y pintoresca del que “se hace el pobre”, ni se podrá confundir nunca pobreza con economía, como sucede, por ejemplo, cuando se acepta lo superfluo porque, como ha sido regalado, “no ha costado nada”. La noción concreta de la pobreza dependerá de los lugares y de los tiempos; será diferente en un país próspero y en una región subdesarrollada; un nivel de vida mínimo, aunque sea posible para un individuo (y normal para un ermitaño) será imposible cuando se trate de una comunidad, aun pequeña, Además esto sería hacer pasar al primer lugar el valor del *testimonio* de pobreza en la vida monástica, la cual es esencialmente algo muy distinto de un testimonio. Sin embargo una verdadera pobreza es en sí una condición del “compromiso” total; el monje debe sentir su pobreza por lealtad para con Dios; entonces dará sin pensarlo, un auténtico testimonio delante de los hombres, lo que es importante en

---

<sup>36</sup> *Au coeur même de l’Eglise*, pp. 64-86.

<sup>37</sup> *Id.*, p. 68.

<sup>38</sup> Jules MONCHANIN, “Spiritualité du Désert” en *Dieu Vivant*, 1, p. 51.

nuestra época en la que el signo tiene un alcance cada vez mayor<sup>39</sup>.

### **Vivir del trabajo de las manos**

En la medida de lo posible, el monje debe hoy más que nunca, vivir de su trabajo. La pobreza y la simplicidad lo requieren. Después del pecado original, lo pide también un motivo sobrenatural propio, en relación con el doble elemento, corporal y espiritual del compuesto humano: viviendo de su trabajo, el monje eleva este trabajo, ya sea manual o intelectual, tanto como su vida de oración, a la dignidad de culto dado a Dios en adoración y en expiación<sup>40</sup>.

En una comunidad contemplativa, el trabajo debe llenar ciertas condiciones. Desde el punto de vista espiritual, este trabajo, debería ser compatible con el fin de la vida monástica y con sus condiciones esenciales de vida silenciosa, de separación del mundo y de equilibrio real entre el Oficio, la *lectio*, y el trabajo. Este debe ser elegido en función de este equilibrio; lo cual no quiere decir, en función de un horario preconcebido, aunque fuera tradicional. Una jornada puede estar perfectamente equilibrada estructurándose sobre un horario que no conocían los antiguos monjes, pero que responde a las circunstancias locales y contemporáneas. Entre las cosas más importantes estarían, por ejemplo, el conservar una separación real con los trabajadores seculares, el evitar, en la medida de lo posible, las preocupaciones absorbentes de una administración complicada o del mercado, etc.

Desde el punto de vista material, hallar un trabajo remunerador que permita hacer vivir una pequeña comunidad, es un problema difícil. De hecho sólo una parte de la comunidad puede producir económicamente, pues los otros estarán ocupados en las actividades domésticas como la enseñanza, la cocina, etc. (inútil sería hacer notar qué error es creer que solamente hacen vivir a la comunidad los hermanos cuyo trabajo “produce” económicamente). No será siempre fácil hallar un trabajo suficientemente remunerador ya que trabaja solamente una parte de la comunidad, y esto durante una jornada inferior a la de los obreros ordinarios. Efectivamente, nunca será posible permitir más de cinco horas de trabajo manual en la jornada del monje si se quiere asegurar un equilibrio real con los otros elementos. El problema es difícil de resolver, aunque las necesidades de una comunidad monástica sean inferiores a las de un mismo número de individuos que viven en el mundo.

La elección del trabajo dependerá mucho de las circunstancias. El trabajo de artesanía realizado en el monasterio, que a primera, vista es el más indicado, se está volviendo cada vez más aleatorio: en países ricos, el problema lo plantea la competencia de las industrias, y en países pobres, la dificultad del mercado; en todas partes la necesidad de aprendizaje, la búsqueda de mercado, el costo de los instrumentos, los impuestos, etc. Hay que tener en mente las aptitudes artísticas o científicas de ciertos monjes, evitando siempre los “trabajos de lujo” que aislarían de los pobres y de los humildes. Queda el cultivo de la tierra, ciertamente muy adaptado a la vida monástica, y a la vez, tradicional: trabajo duro y sano, que se realiza siguiendo el ritmo de la naturaleza, colaboración con el Creador, trabajo que permite mucho más que otros un estado de oración habitual. Pero la agricultura rinde poco en proporción al trabajo que exige, sobre todo en una comunidad muy pequeña, para la cual, según parece, no puede ser una fuente suficiente de subsistencia. Por todas estas razones, cada vez más se está prefiriendo el trabajo asalariado, sin otra responsabilidad que la ejecución del trabajo, y en las condiciones deseables de silencio y de aislamiento<sup>41</sup>; lo cual es, desgraciadamente casi imposible en ciertos países, como por ejemplo, los Estados Unidos.

---

<sup>39</sup> Cfr. René VOILLAUME, “Ce que le monde attend de l’Église”, en *Un Concile pour notre temps* (Rencontres, 1962) p. 49.

<sup>40</sup> Cfr. M. D. CHENU, *Pour une théologie du travail*, y el prefacio a la edición castellana del arzobispo de Madrid, Mr. Casimiro MORCILLO.

<sup>41</sup> Cfr. *Au coeur même de l’Église*, pp. 79-80.

Con ocasión del trabajo se puede aquí hacer mención del problema del equilibrio personal, de hecho muy a menudo comprometido por una sobrecarga de trabajo que produce en muchos monjes un estado de ansiedad exterior e interior. Frecuentemente esta ansiedad es imputable al individuo: la calma interior y la paz del alma no dependen tanto de la cantidad de trabajo o de las responsabilidades, como del modo con el que se las aborda, se las sobrenaturaliza y se las utiliza para un fin superior. Pero la paz del alma, el buen espíritu, la caridad, el espíritu de oración, son también extrañamente tributarios de factores exteriores como la presencia o la ausencia del orden y de una sana disciplina en la comunidad. Hay que agregar que siempre subsiste la gran tentación de emprender demasiadas cosas; y en una comunidad, donde cada miembro tiene ya quizás el máximo de lo que puede cumplir con calma, la vida contemplativa cede el lugar rápidamente a un activismo que no tendrá siempre ni siquiera la excusa de un objeto digno de sacrificarle una vocación a la oración. Sin olvidar, finalmente, la siguiente verdad que ha sido expresada en forma sólo aparentemente paradójica: «por su esencia, toda vocación está permanentemente en “devenir”».

### **Una familia**

El medio donde una vocación se desarrollará más fácilmente es una familia donde todos, clérigos o no, y son igualmente hijos de Dios y monjes, sin distinción de categorías, donde comparten los mismos derechos y los mismos trabajos bajo un padre, que incluso podría no ser sacerdote.

Ciertamente que el carácter familiar de un monasterio debe entenderse rectamente, pues en la vida cenobítica la “soledad con Dios” sigue teniendo un lugar esencial; de donde se sigue que una intensidad abusiva de intercambios fraternales no daría más resultado, desde el punto de vista de la soledad del monje frente al mundo, que orear una especie de *ersatz* de la vida y de los afectos familiares legítimos, a los cuales el monje renunció<sup>42</sup>.

En la familia monástica hay una gran ventaja en no apurarse para, llegar a la etapa del compromiso definitivo de sus miembros. Se nota una tendencia general a facilitar una introducción gradual, por ejemplo, recibiendo al candidato como huésped durante un cierto tiempo, durante el cual, sin estar obligado a la observancia, puede, desde el interior, conocer la vida de la familia donde desea ingresar. Luego el postulante, y dos años de noviciado antes de los “primeros votos”. Pero una mejor comprensión del sentido de la profesión monástica según la tradición original, hace desear a muchos la unicidad de la profesión, una consagración que de suyo no puede ser temporal, Como es norma no emitirla antes de una larga prueba -esto es lo que dio origen a la profesión temporal- parece deseable hacerla preceder, al terminar el noviciado, de un tiempo bastante largo (por lo menos cinco años) de un régimen monástico no definitivo, según una tradición conservada en Oriente.

La formación de los monjes, como frecuentemente se lo ha hecho notar<sup>43</sup>, es muy diferente de la formación intelectual clerical. No es necesario que se realice en algunos años de estudios intensos, Existe una “educación existencial” de la vida monástica cotidiana, con los estudios que se refieren a la vida espiritual y litúrgica, y a la historia de la tradición monástica. Esto no puede ser impartido sino en el monasterio; esta formación se proseguirá durante toda la vida, en un contacto constante con la Escritura, los Padres de la Iglesia, los teólogos contemporáneos, y los Padres de la vida monástica. Existe también una formación intelectual teológica repartida en algunos años, distribuida de diversos modos, según las circunstancias. Existen cursos dictados en ciertas universidades y casas de estudios que pueden ayudar a perfeccionar estos estudios

---

<sup>42</sup> En su hermosa Carta sobre la amistad entre hermanos (en *Jesus Caritas* n°. 119, julio 1960) el P. Voillaume ha hecho notar claramente que ella no se puede aplicar a la vida monástica contemplativa, que tiene exigencias diferentes a las de los Petis Frères.

<sup>43</sup> Cfr. especialmente el reciente proyecto (edición privada) de la abadía de monjas cistercienses de Redwood, California, USA, de mayo de 1967.

teológicos. Y en fin, si algún monje es llamado al sacerdocio por la elección del Padre que ha juzgado sobre su madurez espiritual, sus estudios clericales formales serán entonces completados. De todos modos, la vida monástica requiere un sólido fundamento escriturístico y teológico en todos; y cada uno, según su capacidad, debe recibirlo para alcanzar la madurez de su vida espiritual.

### **Obediencia y apertura de conciencia**

La simplicidad de vida y el espíritu de obediencia se expresan en la actitud de obediencia y en la apertura de conciencia al Padre del monasterio. Esto último puede crear un problema que no se resuelve con una teoría o con un principio. Porque “en principio” el Padre del monasterio lo es también del alma de cada uno de sus monjes, él es quien distribuye la doctrina a la comunidad y la aplica a las necesidades individuales, él es el intermediario entre el alma de cada uno y Cristo y “cuyo lugar ocupa” (*Regla*, 2), y es a él a quien el monje confía sus dificultades, y de quien recibe la palabra que conforta, alimenta y sana. Pero precisamente porque es un intermediario, el Padre del monasterio debe tener un gran respeto por la acción directa del Espíritu Santo en cada alma. Toda apertura de conciencia debe ser perfectamente libre, y si se presentan dificultades personales, el Padre debe tener la sencilla amplitud de espíritu para dejar a su monje abrirse a otro (y proveerle un “confesor extraordinario” del exterior, agregaríamos). El ejercicio de la autoridad es, ante todo, un *servicio*, no un derecho personal que sería todavía más odioso en materia espiritual, donde está en juego la apertura de un alma al amor y a la paz. En los primeros tiempos del monacato y cuando un candidato a la vida monástica se retiraba al desierto, elegía un “anciano” y un *abba*, por sus dones carismáticos no existía entonces ningún problema para la apertura de conciencia y para una obediencia “ciega”. La ambigüedad de la doctrina sobre estos puntos apareció cuando el monacato primitivo se convirtió en cenobítico. El monje no ha elegido el abad del monasterio donde entra, sino que es recibido por él. Aunque la comunidad sea poco numerosa, la acumulación de cargos en las manos del abad impide a éste, demasiado a menudo, hallar tiempo para conocer a cada uno de sus monjes. La tendencia actual sería que el Padre de estas comunidades pequeñas fuera elegido por un tiempo limitado (tres, seis años), y que no se exigiera para este cargo el requisito del sacerdocio.

Para que la comunidad constituya verdaderamente una familia, se prefiere generalmente en las fundaciones recientes un número muy restringido de miembros, doce como máximo, por ejemplo. Así el Padre puede conocer realmente a cada uno de sus monjes, y puede llevar la misma vida que ellos. El factor económico dificulta también la vida de familia si la comunidad es algo numerosa, pues, en este caso para su mantenimiento material se necesita toda una administración. Por otra parte, no siempre se entiende bien hasta qué punto la vocación monástica *sine addito* es una vocación excepcional, que excluye no solamente el *compelle intrare*, sino también la aceptación del “buen muchacho que tiene vocación religiosa y que andará tan bien aquí como en cualquier otra parte”.

### **Autenticidad y adaptación**

Volvamos a la simplicidad de vida en un pequeño núcleo monástico. En concreto, dos cualidades, entre otras muchas, parecen esenciales para una verdadera renovación y viabilidad del monacato: ser de su tiempo, y evitar la institucionalización.

*Ser de su tiempo* ¿Acaso la inmensa mayoría de los que nos rodean no creen perfectamente incompatibles los dos términos: “monje” y “del siglo XX”? Sería darles la razón el creer que el retorno a las fuentes es una simple vuelta a la letra de la Regla o a costumbres de otra época. Es verdad que desde el Concilio este peligro de arqueologismo es cada vez menos presumible en las nuevas fundaciones.

*La institucionalización* es siempre un peligro actual para el monacato, cuya historia prueba que ésta tiende siempre a resurgir, aun después de los mejores períodos de renovación. Puede parecer esto paradójico, pues, teóricamente, la espontaneidad de los hijos de Dios debería hallar un terreno de elección en la vida monástica que huye al desierto para hallar allí la verdadera libertad de alma, lejos de las servidumbres del príncipe de este mundo. Pero de hecho esta espontaneidad es difícil. ¿Por qué? ¿De quién es la culpa? ¿De la institución misma? ¿De los superior, demasiado imbuidos de su autoridad y poco abiertos a las necesidades de las generaciones actuales? ¿De las necesidades oreadas por el mundo del que vienen los monjes y que a estos últimos les pueden parecer incompatibles con los elementos básicos de la vida monástica, como lo son los votos (especialmente el de obediencia); las relaciones de padre a hijo, una oración oficial compuesta de textos no libremente elegidos ni espontáneos? ¿Otras razones todavía? La más noble de las necesidades reales de las generaciones jóvenes es la autenticidad. Muchos sienten vivamente el desacuerdo entre observancias y espontaneidad, entre separación del mundo y solidaridad humana, entre la teoría y la práctica de la pobreza religiosa, etc.

Esta autenticidad debe regir la adaptación que reclama el monacato, como sucede con toda institución, dentro o fuera de la Iglesia. Adaptación profunda y no solamente cambio de prácticas particulares<sup>44</sup>. Muchas viejas costumbres, por ejemplo, no molestarían si fueran situadas dentro de un nuevo espíritu.

Una vez descubiertos los elementos esenciales del monacato ¿cómo hacer para “implantarlos” como injerto lleno de vida en un determinado medio cultural o económico? ¿cómo guardar ante todo, lo esencial bajo una forma renovada, y qué elección hacer de lo accidental?

Esta adaptación demanda muchas exigencias: hay que poseer el *sentido* de Iglesia (*sentire cum Ecclesia*) y el sentido de las cosas espirituales (don de sabiduría); hay que saber percibir la evolución del mundo actual y las necesidades de la juventud de hoy y de mañana; y hay que saber aplicar con humildad y audacia al mismo tiempo, estos instintos superiores al caso particular de la adaptación viviente de una institución que data de la antigüedad cristiana y que está fuertemente influenciada por la Edad Media. Esto es un trabajo que puede sobrepasar la capacidad de los hombres mejor dotados, tomados individualmente. Mucha oración y mucha paciencia, abnegación personal y silencio interior que afinan el oído interior para captar las inspiraciones del Espíritu. “¿Quién de vosotros, queriendo construir una torre, no se sienta primero” -a los pies del Señor- para hacer sus planes? Pero los esfuerzos, los tanteos, y también los fracasos, son jalones necesarios y piedras fundamentales. Un intercambio constante entre los ensayos actuales, demasiado aislados y diseminados, sería muy deseable para iluminarse y ayudarse mutuamente.

*La fundación de tales monasterios simples*, no clericales, y de un número restringido de monjes, puede hacerse de varios modos, esperando que se pueda un día unirlos en Congregación, o admitirlos con su carácter propio en el seno de una Congregación monástica ya existente. En todo caso es necesario que se conceda a los que emprenden esta obra, una gran libertad de acción -“nolite extinguere Spiritum”- con respecto a reglamentos hechos para otros tiempos y circunstancias. Es necesaria una preparación cuidadosa, largamente madurada en la oración, y la adquisición de un conocimiento práctico de las circunstancias concretas del lugar y del medio en donde se hará la fundación.

Esta puede ser hecha por un grupo de fundadores que la “casa madre” envía, o también por algún o algunos monjes aislados. El primer caso parece a primera vista el más normal; pero es todavía apenas posible a causa de la estructura jurídica actual de las órdenes monásticas; puede, sin embargo, llegar a serlo mañana. Es el caso de un abad que envía algunos de sus monjes

---

<sup>44</sup> La Constitución *Ecclesiae Sanctae* del 6 de agosto de 1966, Normas para la aplicación del Decreto *Perfectae Caritatis*, da en el n° 14 reglas prácticas: “Las reglamentaciones fuera de uso o que según los lugares están sujetas a mutaciones, o que correspondan a usos locales, deberán excluirse”.

animados por comunes aspiraciones, para hacer una fundación, que no estará ligada por las Constituciones ni por las costumbres de la Orden o de la Abadía, y que gozará de autonomía lo más pronto posible, siendo siempre ayudada fraternalmente por la casa fundadora; generosidad completamente desinteresada porque esta fundación no será la continuación de un grupo de la misma familia en otro suelo. El otro caso, que de hecho reúne más fácilmente las condiciones esenciales de la necesaria libertad de acción, es el de uno o dos monjes que hacen, bajo la dependencia de un obispo, la fundación que no es por el momento sino una *pia unio*, y podrá aún quedar como diocesana. Tendrá todas las ventajas espirituales de los comienzos; y con su libertad *in traditione*, conocerá dificultades innumerables que serán garantía de su valor, purificación de sus imperfecciones, fuente de bendiciones. Y si algunos sucumben a las dificultades, su esfuerzo no habrá sido nunca vano en la Iglesia.

Holy Mother of God Monastery  
E.E.U.U.